

Apuntes para la Historia de la conspiración de San Carlos de la Rápita

Advertencia preliminar

Dada la índole especial de este trabajo, me creo en la necesidad de advertir a quienes lo leyeren, que no me ha guiado al escribirlo, la intención de hacer una detallada y completa monografía sobre el frustrado alzamiento del General Ortega, en San Carlos de la Rápita.

Cierto es que está todavía por hacer un estudio definitivo sobre las turbias circunstancias que rodearon al suceso en cuestión, pero hoy por hoy sería ridícula la pretensión de realizarlo, pues estoy muy lejos de poseer la suma de datos necesaria. Quedan aún muchos puntos oscuros, se dan como ciertas muchas explicaciones que no debieran de haber salido del terreno de las hipótesis y se carece de numerosos documentos que duermen entre el polvo de los archivos o que han sido destruidos por la mano del tiempo o de los hombres. Una de las más insuperables dificultades con que se tropieza al estudiar estos sucesos, es el especial cuidado que pusieron la mayoría de los que en ellos participaron, en borrar toda clase de huellas de su intervención. Como además, los historiadores de la época procuraron no mencionar en sus relatos, los nombres de determinadas personalidades de gran relieve político que sin duda alguna estuvieron comprometidas, resulta que hoy estamos aún en mantillas en lo que se refiere a las causas internas del alzamiento de San Carlos y a la identidad de los ocultos cómplices de Ortega. Conjeturas se han hecho muchas, pero ninguna que se asiente sobre una firme base documental. De aquí que un minucioso y exacto estudio de este hecho esté por ahora fuera de nuestro alcance.

Tampoco es mi designio narrar en líneas generales lo que fué la aventura de la Rápita, porque un trabajo de vulgarización histórica no encajaría dentro de! marco de esta revista, aparte de que el repetir una vez más todo lo que un lector curioso puede encontrar siempre que lo desee con solo consultar la obra de Pirala y alguna otra dedicada a este asunto, no sería de ninguna utilidad.

En cambio lo que a mi juicio sí considero interesante, es la aportación a la Historia de una serie de detalles, poco conocidos unos e inéditos los mas, que he podido extraer de la correspondencia del General Carlista D. Joaquín.

Elío y Ezpeleta, que tan importante papel representó en los acontecimientos que nos ocupan (1).

Con tan curiosos datos he hilvanado estos apuntes, en los que he puesto sumo cuidado de no repetir más detalles conocidos que los estrictamente indispensables para dar cierta anidad al conjunto.

Por lo tanto no debe extrañar al lector, la voluntaria omisión de multitud de hechos, cartas y documentos, publicados ya en otros lugares y a los cuales este trabajo pretende servir de complemento o de rectificación.

En único mérito que tienen estos apuntes, ha sido la clasificación y lectura de una numerosísima correspondencia, habiéndome visto obligado a traducir multitud de cartas cifradas, de algunas de las cuales no poseía la clave que he tenido que reconstruir.

Debo por último advertir que la autenticidad de los documentos a que hago referencia, está garantizada, y que tocante a su veracidad, hay que tener en cuenta que por tratarse de la correspondencia secreta entre los conspiradores, si bien han podido éstos errar en la apreciación de determinados hechos y actitudes políticas, debemos creer que sus escritos están inspirados en la más absoluta sinceridad.

Antecedentes

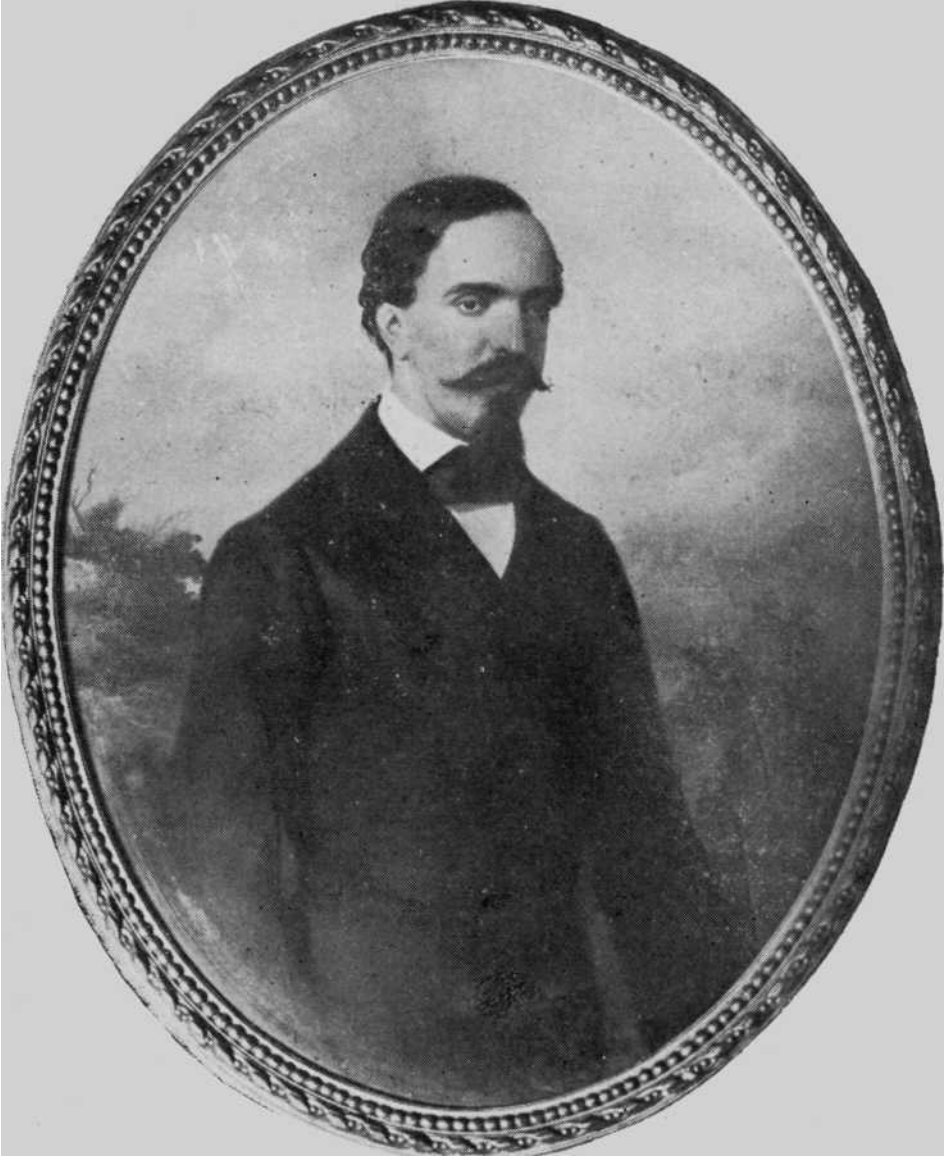
MIENTRAS en la escena política española se representaba por centésima vez la lucha entre moderados y progresistas, y la revolución iba minando inexorablemente los fundamentos del trono de doña Isabel II, en seno del partido Montemolinista se notaba una febril actividad.

A partir del año 1854 se comenzó a imprimir un ritmo rápido y enérgico a la reorganización de las huestes de D. Carlos VI y aunque los recursos no eran muy abundantes y no se vislumbraba por el momento un objetivo preciso, se barruntaba ya la proximidad de acontecimientos importantes a los que el Tradicionalismo no se resignaba a asistir en calidad de mero espectador.

Como generalmente le ha sucedido en los momentos duros y confusos, la Comunión Tradicionalista encontró durante aquellos años un clima propicio para su desarrollo, viendo incrementarse sus filas con multitud de personas que procedentes de los partidos moderados y considerando los recursos de éstos insuficientes para contener la revolución, cada vez más in-

(1) D. Joaquín Elío y Ezpeleta era entonces Teniente General, y actuaba como Secretario de Estado del Conde de Montemolín. Fue por lo tanto el intermediario entre D. Carlos Luis y los conspiradores, siendo el único personaje carlista de cierta categoría que tomó parte en la tentativa, aparte claro está del propio Montemolín y de su hermano el infante D. Fernando.

Estos documentos proceden del Archivo del Marqués de la Lealtad, así como los retratos que ilustran estas páginas, con excepción del que representa al General Elío, que es propiedad de doña María Teresa Gaztelu, y el del General Ortega que forma parte de la colección de don José María Azcona.



Conde de Montemolin (Carlos VI)

(Col. Marqués de la Lealtad)

solente, corrían a ponerse a las órdenes del Conde de Montemolin, esperando de éste lo que la monarquía isabelina, vacilante sobre su trono, era impotente para darle.

Este género de elementos pretendieron apenas entrados en el seno del partido Montemolinista, que éste hiciera suyos ipso *facto* sus objetivos políticos y adoptara sus procedimientos, e intentaron aparecer a primera vista como los más osados y entusiastas, cuando en realidad se dieron buena prisa para abandonar a sus protectores en cuanto advirtieron señales de bonanza, aunque ésta sólo fuera pasajera.

De aquí que a lo largo de todo este período, la historia del Tradicionalismo aparezca plagada de nombres y concomitancias moderadas. El Carlismo vió afluir a su cauce multitud de elementos extraños que terminaron por desbordarlo, y mientras él con la ingenuidad que siempre le caracterizó no veía en los recién venidos más que un signo de la vuelta del país a la sensatez, le que éstos en realidad representaban era el exponente de la mentalidad de ciertos núcleos conservadores.

Hubo con todo honrosas excepciones, constituídas por elementos totalmente desengañados de la política liberal, que pusieron al servicio del Tradicionalismo, sus nombres, sus espadas y sus fortunas, y lo sirvieron con tanta lealtad como los antiguos carlistas, y con más valor que algunos de ellos. En vista de las circunstancias, el Conde de Montemolin, convencido de que su momento se aproximaba, creyó llegada la ocasión de confiar a la política, lo que hasta entonces sólo se había pensado solucionar mediante golpes de fuerza y se dedicó a realizar una propaganda intensa en los medios no carlistas, favorecida por los esfuerzos que por entonces hacían algunos personajes de ideas moderadas, singularmente los pertenecientes a la fracción Viluma, para remediar la decadencia Isabelina, mediante una fusión dinástica, a la que según parece no era opuesta la propia D.^a Isabel, quizá influida por las opiniones de don Francisco de Asís y más probablemente por el temor a la Revolución que rugía ya a las puertas de su palacio (2).

Pero como sucede siempre que se quiere solucionar con uniones personales un conflicto de raíces ideológicas, los intentos de fusión fracasaron.

Ninguno de los dos bandos se hubiera considerado satisfecho por la mera unión de sus respectivos representantes, para verlos luego naufragar en la marejada política del bando contrario.

De todas maneras, al amparo de estas circunstancias que le daban cierta beligerancia, el Tradicionalismo se extendió considerablemente, y el Conde de Montemolin dió su beneplácito para que en Madrid se constituyera una Junta Política que se llamó Comisión Regia Suprema (C. R. S.) la que intensificó la labor de zapa que se venía realizando y consiguió tender una vasta

(2) Mucho se ha escrito sobre estos intentos de fusión. Para no repetirlo, remitimos al lector a la historia de Pirala que se ocupa extensamente de ellos, siendo igualmente interesante a este respecto la consulta de la obra del Conde de Rodezno titulada: «La Princesa de Beira y los hijos de D. Carlos».

red que abarcando todos los Ministerios y Cuerpos armados, hacía llegar su influencia hasta los rincones más recónditos de la organización estatal (3).

Pero sucedió, que a medida que las ramificaciones del Carlismo crecían y se intensificaban, la posibilidad de apoderarse del poder por medios pacíficos iba alejándose cada vez más, debido al cambio de táctica de la camarilla de D.^a Isabel. Entonces, juzgando al país suficientemente preparado, los jefes del Montemolinismo se decidieron a apelar a la fuerza, y seguramente lo hubieran hecho siguiendo sus tradicionales métodos, de no haberse encontrado en su camino con la espada del general Ortega.

Los primeros pasos

Era D. Jaime Ortega un antiguo progresista de espíritu fogoso y emprendedor. Se dice que la Infanta D.^a Carlota le había revelado los secretos episodios de la muerte de Fernando VII, confesándole la razón que asistía a la rama carlista. Puede ser que esto hubiera influenciado su ánimo, pero más me inclino a creer que asqueado de la política liberal decidiera poner su espada al servicio del Conde de Montemolín, considerándolo en su celo patriótico como el único hombre capaz de establecer un nuevo orden de cosas sobre el revoltijo de la política española. Si a esto se añade que se trataba de un hombre sediente de gloria y propicio a dar oídos a la llamada de la aventura, comprenderemos por qué se lanzó con tal entusiasmo a la organización de un movimiento que girando alrededor de su persona hubiera hecho de él un héroe de leyenda (4).

Afirma Pirala, que Ortega, durante su estancia en Francia a donde tuvo que emigrar por motivos políticos, se relacionó con la familia de D. Carlos y tuvo también alguna entrevista con la Emperatriz Eugenia a la que habló de la posibilidad de efectuar en España un movimiento de tipo carlista. El mismo historiador prueba que Ortega, ya antes del mes de abril de 1858, mantenía correspondencia con el Conde de Montemolín y con el General Elío, y que insinuaba ya en sus cartas la oportunidad de una intentona para colocar al primero en el Trono de España con el nombre de Carlos VI.

Desde su Capitanía General de Baleares a donde fue destinado después

(3) El primer presidente de la Comisión Regia Suprema fué el Conde de Cleonard y le sucedió el Marqués de Serdañola, del cual he tenido ocasión de consultar la numerosa correspondencia que sostuvo con el General Elío. Estas cartas están escritas en clave y firmadas con la cifra 250 que corresponde al Apellido Arróspide que era el de Serdeñola. Pirala copia en su obra una carta suya pero no aclara su identidad. En estos apuntes emplearemos para designarlo, el apellido Arróspide ya que los conspiradores lo hacían así.

(4) Siguiendo la regla que me he propuesto no doy datos biográficos de D. Jaime Ortega. Únicamente diré que en la correspondencia de los conspiradores se le designa con el nombre de Jesús. A título de curiosidad añadiré que por lo menos parte de la correspondencia le llegaba a Mallorca a las señas de D. Bartolomé Jobre y en los sobres se especificaba: Para entregar a Jesusa.

de haber solicitado en vano la de Pamplona, ultimó su atrevido proyecto que después de sufrir numerosas variantes había de fracasar tan ruidosamente en San Carlos de la Rápita.

Sabía Ortega que el carlismo contaba en España, no sólo con un ambiente netamente favorable, sino también con resortes de importancia, y que en los últimos tiempos andaba en tratos con el banquero D. José de Salamanca,, personaje de gran influencia en el partido moderado y cuya posición económica privilegiada constituiría una ayuda interesantísima.

También Ortega conocía a Salamanca, con quien había conspirado en otra ocasión (lo que fué causa de la emigración a Francia a que antes hemos hecho referencia) y no cabe duda de que contaba o esperaba contar con él, por lo que demostró un grandísimo interés en que las negociaciones encaminadas a hacerle llegar a una inteligencia con los Montemclinistas, se realizaran con éxito.

A fin de agosto de 1859, Salamanca marchó a París para exponer al conde de Montemolín un proyecto político, ofreciéndole al mismo tiempo su influencia y su crédito económico para llevarlo a cabo. Don Carlos Luis se hallaba a la sazón en Nápoles de donde procuraba moverse lo menos posible a causa de la escasez de su peculio particular, y Salamanca tuvo que entrevistarse con el agente carlista D. Pablo Quintanilla. De éste nos hace el General Elío en una de sus cartas, el siguiente curioso retrato: *«Es ligero, un poco o un mucho calavera, pero en cambio es activo e inteligente, presentable en todas partes, y como tiene vivos deseos de hacerse una posición, está dispuesto a todo y estas son cualidades que no se deben despreciar en nuestra posición.»*

Conviene esta presentación, pues este joven que hacía relativamente poco se había consagrado al servicio del Conde de Montemolín, tuvo una importante intervención en la conjura, y a lo largo de ella lo hemos de encontrar repetidas veces, ya bajo su propio nombre o bajo el seudónimo de Viriato, por el que era más conocido.

Salamanca le pagó el viaje hasta Nápoles y le encargó qué tratara de convencer a D. Carlos Luis, para que viniera inmediatamente a París a fin de entrevistarse con él.

Quintanilla volvió portador de una carta en la que el Conde Montemolín daba plenos poderes a su hermano el Infante D. Fernando, y al General Elío para ponerse al habla con Salamanca y que éste les enterara de sus intenciones. De la entrevista celebrada con este motivo, nos da el propio General Elío, numerosos detalles, en una caria dirigida a Arróspide con fecha 3 de septiembre que dice así: *«Efectivamente vi a Salamanca que me dijo: Yo quiero derribar a doña Isabel y a O'Donell y me parece que viniendo aquí el Conde de Montemolín se agitará España hasta el punto de procurarnos los medios. Como pudiera ofrecer dificultades y aun inconvenientes pare Montemolín, pedir por si mismo el permiso (para trasladarse a París) yo me encargo de ello pues tengo un medio seguro e íntimo para el Emperador. Le contesté que lo hiciese y que S. M. vendría no poniéndole condiciones. En esta primera entrevista no pasó de esto, manifestando que el Partido Moderado que deseaba lo mismo que él no pedía tomar la ini-*

«ciativa» .. «Unos días después, dijo que había recibido carta firmada por «Córdoba y por G. Bravo diciéndole que era preciso *empujar para derribar* »y que esto significaba: trabajar para echar a doña Isabel. Que sus deseos »eran estos. Que iba a hablar a la gente de acción de su partido para que »se decidiese a ello y que si los persuadía, él, que debe venir a Nápoles los »«primeros días de octubre, llevaría resueltas afirmativa o negativamente las »dos cuestiones. Primera: si quieren tomar parte activa y cómo. Segunda: si »«consecuente a esto puede venir aquí Montemolín. Este es el resultado po- »sitivo. Habló mucho del estado en que eso (España) se encuentra, supo- niendo sin remedio e inevitable la caída de doña Isabel, considerándolo »«sólo como una cuestión de tiempo»... «He formado la opinión de que están »«tan humillados, tan irritados contra doña Isabel que ios ha puesto a los pies »de O'Donell. y que éste los pisotea de tal manera, que si en alguna ocasión »han de hacer algo ha de ser ahora.»

Esta interesantísima carta, aparte de probar la intervención de Salamanca en los preliminares del movimiento, nos da una idea de lo que el partido moderado esperaba de los montemolinistas. No cabe la menor duda, y los acontecimientos lo probarán después, que obraban de mala fe. Salamanca jugaba sus cartas y la misma insistencia que mostraba en la pública ida de D. Carlos Luis a París, demuestra que su intención era esgrimirla como una amenaza contra D.^a Isabel para inducirla a que abandonando a O'Donell, favoreciera sus planes políticos.

De todos modos aunque los carlistas no dejaban de comprender que no era todo desinterés en la actitud de Salamanca y de sus amigos, era por otra parte tan necesaria la ayuda económica que el primero podría prestarles, que acogieron con júbilo sus ofrecimientos.

Para entonces el General Ortega tenía ya maduro su plan. Había conseguido formar en Mallorca un ambiente muy favorable a su persona, sobre todo entre la aristocracia de la isla, a la cabeza de la cual estaba el Marqués de la Romana que bajo el nombre de Diamante M. R. había de jugar un papel tan importante en la conspiración. También se había asegurado la colaboración de D. Pablo Morales joven abogado amigo suyo, que debía servirle de enlace con los elementos de la Península y de Francia. Este Morales, que en la jerga de los conspiradores era conocido con el apodo de El Gordo, era un infatigable viajero, optimista y entusiasta de Ortega, y a él se deben la mayor parte de las colaboraciones obtenidas por éste, como más adelante veremos.

El 20 de septiembre de 1859, Ortega escribía a Viriato: «Queridísimo »Vrto. ...Mando a Vd. *la que me pide para Salamanca, y es preciso que »Vd. le diga que el amo cuenta con él, porque se lo he asegurado yo así. »Le dice Vd. que hay mucho mas de lo que en realidad existe, y que él »será el hombre y causa del negocio. Se necesita adularlo mucho porque >>tiene amor propio. Si entra, que desde luego suelte prenda con el amo, >>porque si la suelta cumplirá. Obliguele Vd. a que me conteste.»* La carta que Ortega adjuntaba para entregar a Salamanca decía así: «.Queridísimo »Pepe. Ya está hecho todo y es preciso que Vd. no me deje abandonado. >>Todas las explicaciones se las dará a Vd. mi amigo dador de esta, y crea

»Vd. *firmemente* iodo cuanto él le diga. *Todo de Vd. afectísimo Jaime.**

Por el contenido de estas dos cartas podemos juzgar de los procedimientos expeditivos del General Ortega para convencer a sus adeptos. Si en todas las ocasiones obró de la misma forma, es lógico que el movimiento terminara como terminó. Sin duda Ortega tenía una fe tan extraordinaria en su buena fortuna, que todas las demás garantías de éxito le parecían superfluas. Lo único que le interesaba era, obtener las dos o tres complicidades indispensables para realizar el levantamiento, fiando el resultado a su estrella. Para ello recurría a estas pequeñas estratagemas en las que debía ser maestro su elocuente amigo Morales a cuya facilidad para inventar perspectivas sonrosadas, debió indudablemente la adhesión de buen número de elementos.

Mientras tanto había llegado a París el Marqués de la Romana, y otra persona (en las cartas se les mencionaba bajo el nombre de los dos Diamantes, o los don Grandes) enviados por Ortega para entrevistarse urgentemente con D. Carlos Luis pues estaba impaciente por obtener el beneplácito de éste para realizar tus proyectos cuanto antes.

El Conde de Montemolín se decidió a ir a París (5) para ponerse al habla con ellos y con Salamanca. Este se entrevistó con D. Carlos Luis en presencia de los Generales Cabrera y Elío. El resultado de la conversación lo conocemos por una carta que el último escribió a Arróspide en la que le decía que el banquero *«irritado contra D.^a Isabel, dice que quiere decididamente su caída, pero que ahora no puede proclamarse por nosotros porque sin darnos lo que puede se inutilizaría. Piensa verse con Vd. con Toledo y con otros, y proponerles los medios de buscar dinero, al menos lo >>bastante para poder llevar a cabo una empresa como la de Ortega».*

Al final de esta entrevista, Salamanca adelantó 250.000 francos para los primeros gastos, de cuya cantidad, libre de interés, salía fiador el propio Conde de Montemolín.

En la reunión con los Diamantes, éstos le expusieron el plan del General que era el siguiente: El día convenido, Ortega debía desembarcar en Tortosa al frente de tropas de su mando y desde allí, después de repartir seis mil fusiles entre los paisanos adictos que se le presentaran, dirigirse a marchas forzadas sobre Zaragoza en donde contaba con inteligencias así como en Mequinenza y en Jaca. Esta última guarnición se sublevaría así como la de Pamplona en la que había un Coronel de Carabineros pariente suyo que prepararía el terreno. También disponía Ortega de elementos en las guarniciones de Vitoria, Logroño y otras.

Para realizar su proyecto no exigía más que tres condiciones. Primera: La presencia del Conde de Montemolín en el momento mismo del desem-

(5) No le costó gran trabajo obtener permiso del Emperador de los franceses, de cuya benevolencia para con los carlistas dan fe estas líneas de una carta que Elío escribió a Arróspide con fecha 24 de octubre de 1859: «S. M. no ha visto al Emperador, pero ha habido varios mensajes suyos y aunque solamente de atención, en «tono muy afable No estoy descontento en esta parte. La Emperatriz está mal con «doña Isabel y no lo oculta».

barco Segunda: Colaboración de Cabrera, y Tercera: Colaboración de Salamanca.

La primera podía considerarse asegurada y lo mismo la tercera, dadas las seguridades ofrecidas por Salamanca, pero tocante a Cabrera la cosa era diferente, pues de natural frío y poco crédulo, y bastante entibiado en tus fervores tradicionalistas (6) miraba el movimiento con desgana, estimando además que no era el momento más oportuno para efectuarlo, y no era el único en pensar así, pues el propio Elío cuando aún se vacilaba en aceptar la precisión de Ortega, escribía a Arróspide pidiéndole que le informara acerca del estado de espíritu del pueblo español y añadía: *«El proyecto me aparece irrealizable ahora. Intentar algo en los momentos de la guerra de Marruecos, creo que sería no sólo inútil para el presente, sino perjudicial para el porvenir. Así se lo ha indicado S. M. a Ortega.»*

No fueron solos Montemolín, Elío y Cabrera, les que en un principio desconfiaren del éxito del movimiento o juzgaran su realización poco oportuna. En Madrid al ponerlo en conocimiento de la C. R. S. hubo gran diversidad de pareceres que pusieron en peligro la unidad de acción de la Junta y que como veremos más tarde acarrearán funestas consecuencias para la Causa.

En plena conspiración

En el mes de octubre de 1859, había estallado la guerra de Marruecos.

O'Donnell, el mimado entonces de la Reina, odiado a muerte por los moderados que hubieran visto con inmenso gozo su fracaso, era el Jefe del Ejército de Africa.

Si la guerra era popular o no, esto era difícil decirlo, pero la realidad era que toda intentona en aquellos momentos distaba mucho de ser oportuna, porque una derrota en Marruecos, o una paz desventajosa ocasionada por cualquier acontecimiento político hubieran sido un sambenito eternamente colgado sobre el responsable. A pesar de este peligro y en vista de la confiada insistencia de Ortega, que aseguraba ser aquella una ocasión única que no debiera desperdiciarse y ante el temor de que más adelante no pudiera contarse con una cooperación que se juzgaba tan preciosa, el Conde de Montemolín aceptó en principio la oferta del Capitán General de Baleares.

Este, no había exigido como condición *sine qua non* la ayuda militar de las huestes Carlistas, pues creía bastarse él solo para dar cima a su empresa, pero el buen sentido de los dirigentes montemolinistas y quizás una especie de instinto atávico, les impulsó a no contar solamente con lo ofre-

(6) El Conde de Morella mantenía entonces estrechas relaciones con el Infante D. Juan y con su secretario Lazeu, y la actitud de éstos hacia Montemolín era fría y distante. Ciertamente que Cabrera contribuyó a que ambos hermanos se reconciliaran, pero vistos los sucesos que siguieron hay lugar para creer que la reconciliación no fue todo lo sincera que debía y que la actuación de Cabrera fue sólo una actitud obligada sin asomos de espontaneidad.

cido por Ortega y se continuó la organización militar del partido nombrando Juntas y Comandantes Generales allá en donde no los había, poniendo un especial interés en Navarra, en donde los carlistas debían coadyuvar a la sublevación de Ortega uniéndose a la guarnición trabajada por éste.

El General Elío estaba en estrecha correspondencia con elementos de todas las provincias y muy particularmente con los de Navarra, de cuya región era natural y en donde debido a su prestigio y conocimientos ejercía una positiva influencia

En Pamplona disponía de una serie de agentes que realizaban una concienzuda labor de zapa entre las fuerzas de la guarnición. Un día se recibió la noticia de que el antiguo Jefe carlista D. Torcuato Mendiry, que estaba entonces al servicio de doña Isabel, había sido destinado al regimiento provincial de Pamplona para reorganizarlo. La llegada de este personaje, despertó grandes esperanzas entre los elementos carlistas que creyeron ganada la partida en aquella capital, pues daban su colaboración por descontada. Las mismas ilusiones debió alimentar Elío que para ganarlo para la causa de Montemolín le envió un propio, portador de una carta en la que recordándole sus antiguos servicios y las promesas de fidelidad que en algunas ocasiones había hecho, solicitaba su adhesión al movimiento. La visita tuvo lugar el 23 ó 24 de diciembre y según frase del comisionado, con un resultado fatal. Dejemos hablar al interesado que al informar de ello al General Elío dice textualmente: «*A haberlo presumido, ni remotamente, bien seguro es que hubiera dado este paso. Por supuesto que tu carta no salió de mi bolsillo. No le sorprendió ni le cogió de nuevo mi misión. Al insinuarla, me manifestó que D. Eustaquio Diaz de Rada se lo había significado al separarse de él. Hizo muchas protestas de los principios en que se había educado, pero después de una breve reflexión, a las indicaciones y nada más que indicaciones que yo le dirigí, pretextó la inoportunidad a su entender de acometer nada en los momentos actuales. Mas en mi concepto no es esa la causa que le retrae del compromiso, sino que meditó y tenía meditado lo que se exigiría de él, y aunque le sobra facha y no es escaso de palabras en el café, le falta corazón. Más vale sin embargo que haya hablado con toda franqueza.*»

Desechado el recurso Mendiry, a quien tan duramente juzga el anónimo corresponsal de Elío, influido quizás por el despecho que le produjo la negativa, los trabajos prosiguieron con toda actividad. Los esfuerzos se encaminaban a conseguir la colaboración de elementos militares, pues a los paisanos adictos, según orden de Elío, no era conveniente decirles nada por el momento, pues «*los carlistas se unirán bien pronto, pero son incapaces de guardar secreto*». Esta ingenua confesión de Elío nos hace sonreír, y prueba lo bien que conocía el general la mentalidad de sus heroicos y fogosos paisanos.

Según consejo de Elío, una vez que Navarra estuviese bien trabajada, sería el momento de avisar a Ortega, para organizar los elementos de Valencia, Tortosa y Aragón, y después en el último instante, las Provincias Vascongadas, Santander y Castilla.

También Ortega se preocupaba de la organización de sus elementos

pamploneses. Morales hizo algunos viajes a Navarra para entenderse con el jefe de Carabineros pariente de Ortega. Elío, pidió informes de esta persona a sus agentes y recibió una carta en la que se le decía que >>era men->gua ni siquiera pensar en él, por tratarse de un sujeto inmoral y de malos >>antecedentes que merecía estar en presidio>>.

Elío deshizo estos escrúpulos alegando: «Nosotros no lo queremos ni >>para jefe ni para director de moral. La cuestión es si puede ayudarte de un modo eficaz a entregarte la joya. Después no necesitas de él para guardarle y si quieres lo envías a donde merece ir».

En cuanto a Cataluña, la situación era difícil. Cabrera no quería ir allí y remoloneaba para adoptar una actitud clara y terminante, negándose a asumir ninguna clase de responsabilidad, a pesar de ser el más indicado, si no el único para arrastrar a sus paisanos.

La C. R. S. no se atrevía a trabajar en Cataluña por su cuenta, ni confiaba tampoco en obtener un resultado positivo sin la cooperación del Conde de Morella. Elío aconsejaba a la C. R. S. que se ocupara mucho de aquella región, pues a su juicio la colaboración de los catalanes sería necesaria para proteger el desembarco en Tortosa y la marcha sobre Zaragoza.

De la actitud de Cabrera podemos juzgar por el siguiente episodio: Habiéndole pedido Ortega que interviniera para facilitar las negociaciones con los jefes catalanes, Cabrera se limitó a enviarle una contraseña con la cual se encaminó a Cataluña un emisario de Ortega que se entrevistó con algunos de los indicados elementos. Así que éstos vieron la tal contraseña, contestaron que *no entendían ni jota de aquellos garrapatos y que nada* harían si Cabrera no se explicaba de un modo preciso.

Montó en cólera Ortega ante lo que consideraba como una informalidad y escribió a Elío refiriéndole indignado lo acontecido, para que transmitiera sus quejas a Cabrera y éste pusiera remedio a la cosa. Elío cumplió el encargo y con fecha 30 de diciembre, escribió a Cabrera una carta en la que además de hablarle del malhadado asunto de la contraseña, se lamentaba de que la organización de Pamplona no avanzara, porque el pariente de Ortega si bien estaba dispuesto a todo, no disponía de elementos propios. Se sobreentiende que la organización a que se refería Elío era la militar, pues la civil no presentaba más dificultad que la endémica falta de recursos del carlismo.

Cabrera contestó a Elío con la siguiente carta: «Londres 5 de enero de >>1860. Mi apreciable amigo: recibí la carta de V. de treinta del pasado y le >>doy las gracias por sus buenos deseos... Respecto al negocio de España >>>no creo tome un aspecto que prometa mucho, y siempre estamos con los >>mismos inconvenientes antiguos, sin contar los de Jas actuales circunstancias. La contraseña de que usted habla no era más que para el caso de >>verse allí en un apuro los que saliesen de Mallorca, y si de este último >>punto no ha de salir fuerza suficiente y no se cuenta con lo demás en que >>convivimos, de nada serviría escribir a los sujetos de mi tierra.»

Cabrera se había visto constantemente asediado por Quintanilla y por Salamanca que a toda costa querían convencerle de que prestara su colaboración, pero nunca habían logrado arrancarle otra promesa que la de que

llegado el momento, acompañaría a S. M. En ostentar cargo alguno, ni hacerse responsable de nada. De la sinceridad de estas promesas, podemos permitirnos el dudar, sobre todo después de leída la carta que precede, de la que se desprende que ni por un momento soñó Cabrera con estar presente a la hora del desembarco, toda vez que de estarlo para nada hubiera hecho falta a Ortega la contraseña en cuestión.

A pesar de todo Salamanca no cejaba en sus propósitos de atraerle, pintándole la situación como muy favorable y el movimiento como extensísimo y perfectamente preparado. De las promesas de Salamanca podemos hacernos idea, por el siguiente hecho: Cuenta Elío, que Cabrera, habiéndole de una conversación habida con el banquero, le decía: «Se me ha ofrecido »de tal modo, que parecía tener ios generales en el bolsillo para dármelos».

Pero todas estas seguridades no hacían mella en el escéptico Conde de Morella. No era ciertamente, ofrecimientos, lo que faltaba a los conspiradores. Con motivo del sorteo de quintos que con destino al Ejército de Africa, se efectuó en las provincias Vascongadas, ocurrieron serios disturbios, pues en muchos lugares los mozos se rebelaron, y rompiendo las urnas huyeron al monte. Al fin, mal que bien se pudieron organizar unos tercios vascongados, que debido al descontento que en ellos reinaba, podían suministrar a los carlistas, materia apía para sus planes, sobre todo teniendo en cuenta que entre los quintos había una considerable proporción de partidarios del Conde de Montemolín.

El 1.º de enero de 1860, un tal Ormaechea, escribía a Elío desde Bilbao, asegurándole, que había grandes posibilidades de utilizar los tercios vizcaínos para una sublevación y diciéndole otro tanto de los de Guipúzcoa y Alava. Elío, escribió a Valdespina para que le aclarase la situación, pero no habiendo obtenido respuesta envió un propio a las Provincias para que se pusiera al habla con Ormaechea y con otros dos elementos, llamados Orue y Ugarte, y en el caso de que la C. R. S. acordara secundar el movimiento de Ortega, procurara que los tercios vascongados se sublevaran proclamando Rey a D. Carlos VI.

Según se desprende de la correspondencia entre Elío y Arróspide, don José Fonseca y el Conde de Montemolín, dichos tercios de lo que tanto se esperaba, fueron trasladados de acuartelamiento, sin que se encontrara momento propicio para emplearlos por estar desarmados y cuidadosamente vigilados, y por las dilaciones que sufría el movimiento de Ortega. Un tal Tobías, cuya verdadera identidad no hemos podido descubrir, era el enlace encargado de mantener contacto constante con los elementos adictos, pero no pudo hacer otra cosa que contemplar pasivamente cómo pasaba el tiempo sin que nada se hiciera, a pesar de sus continuas indicaciones de que el asunto urgía. Los tales tercios eran arrastrados cada vez más lejos de su influencia, y cuando al fin fueron trasladados a Santander, lo hicieron llevando a su zaga las ilusiones del desventurado Tobías, que según frase irónica de Elío «los seguía en espíritu». Un buen día se hicieron a la mar, camino de Marruecos?;, y todos los planes que alrededor de ellos se habían forjado, se vinieron abajo.

Mientras tanto, la organización montemolinista, seguía adoleciendo de

la consabida falta de recursos. El 16 de enero, Elío escribió a Arróspide, exponiéndole la conveniencia de que la C. R. S. se entendiera con Recoletos, que era el nombre que los conspiradores daban a D. José de Salamanca, para recaudar, tres o cuatro millones, que harían falta para Aragón, Navarra, Castilla y otros puntos, y para pagar el flete de los vapores en que Ortega pensaba trasladar sus tropas a la península.

Salamanca acordó con la C. R. S. adelantar los cuatro millones mediante la garantía de unos pagarés firmados por personas solventes. La C. R. S. determinó cubrir el empréstito en la siguiente forma: Manuel Toledo, 45.000 duros, Juanito (Valdespina), 45.000 ídem; Javier Vera, 35.000 ídem; el Conde de Patilla, 25.000 ídem; Arróspide, 25.000 ídem; el Conde de Orgaz, 15.000 ídem; el Conde de Fuentes, 10.000 ídem.

Pero si bien todos quedaron conformes en las cantidades con que debían contribuir no ocurrió lo mismo cuando se trató de la oportunidad del movimiento. Don Manuel Toledo entre otros, y el P. Maldonado, expusieron sus dudas acerca de la conveniencia de aceptar los planes de Ortega. Esta indecisión de la Junta, llegó a ganar aun a los mismos dirigentes, y Elío que nunca defendió la idea con demasiado entusiasmo, pero que por otra parte temía desechar una ocasión quizás única, y que desde luego estaba dispuesto a no abandonar a su Rey pasara lo que pasara, escribió a Arróspide, muy preocupado, pues había hablado con un Jefe Provincial del Partido, que al exponerle su parecer sobre el movimiento que se planeaba, le había dicho que lo consideraba inoportuno, porque la Nación se había interesado y mucho por la guerra de África, y le había pedido en nombre de la Junta a la que representaba, que se suspendiera el alzamiento y se esperara otra circunstancia más favorable, es decir, el desenlace de la guerra africana, o la caída de O'Donnell. «A.demás —dice Elío— tenemos por otro conducto, *noticias de que en el ejército de África, reina un gran descontento contra los >>Generales por sus disposiciones y por la parcialidad en las recompensas, >>y de que en Madrid se teme que esta guerra tenga un mal fin. Los moderados trabajan para apoderarse del poder, y se cree que se producirán momentos de gran confusión de los que deberemos aprovecharnos.»* Pero contra todos estos pareceres estaba el de Ortega, que contra viento y marea sostenía que el momento más oportuno era aquel, porque no había casi fuerzas en España, y porque el ejército de Africa no vendría a oponerse a la sublevación sobre todo si se le daba el mando al general Prim (7). En cam-

(7) Esta es la única ocasión en que aparece mencionado el nombre del General Prim. Sin embargo, no debía ser del todo ajeno a la conspiración, y parece casi seguro, que paralelamente a la intriga moderado carlista, y enlazada con ella a través de la persona de Ortega, se desarrollaba una conjura de tipo progresista, de la que se podría afirmar que no estaban al corriente los dirigentes carlistas. Estos debían de sospechar que Ortega contaba con elementos comprometidos en todos los sectores, pero no que hubiera una formal intriga republicana y mucho menos que Ortega maneja-se también los hilos de ésta. Si los progresistas pretendían aprovecharse de Ortega, o éste de ellos, o ambos de los carlistas, es cosa que probablemente nunca se sabrá. Las secretas intenciones del General Ortega yacen con él en su sepulcro, aunque si hemos de juzgar por su actitud intachable en la hora de su muerte, cabe creer que se trataba de un caballero y de un hombre honrado. Pero no hay que olvi-

bio si los moderados subían al poder, lo que se consideraba como probable, como muchos de ellos estaban comprometidos y conocían todos los detalles de la conspiración, la primera providencia que tomarían sería la de separarle a él del mando, e inutilizar después a todos cuantos pudieran ayudarle.

Ortega, que conocía bien con quién se jugaba los cuartos, tenía razón en el fondo. Pero lo que ocurría era que el movimiento planeado, adolecía de un vicio de origen, que era la complicidad de los elementos moderados, a quienes sólo interesaba llegar al poder del modo que fuera, y que estaban dispuestos a traicionar a sus aliados en la primera ocasión favorable.

Es curioso observar, cómo entre los jefes carlistas, reinaba cierta desconfianza, no respecto de las intenciones de Ortega que nadie dudaba fueran todo lo honradas y caballerosas que demostró más tarde, sino de la eficacia de los medios con que contaba. El capitán general de Baleares no era hombre que se parase en barras y ante la posibilidad de que sus aliados moderados le abandonaran, quería coger la ocasión por los pelos, y dar el golpe antes de que aquéllos pudieran prescindir de él, aunque para ello tuviera que lanzarse al campo sin más bagaje que su espada, y su loca confianza en la fortuna, y sin más compañía que la del Conde de Montemolín, que aunque irresoluto y de reacciones tardas, una vez que había prometido su cooperación no era hombre capaz de echarse atrás. Por todas estas razones, los carlistas, hubieran confiado más en sus viejos métodos y en su organización tradicional, que aunque de menos envergadura que la presente, no cabe duda que era una maquinaria segura, en la que los resortes tardaban en ponerse en movimiento, pero que una vez en marcha no fallaban jamás hasta su total desgaste.

En todas las cartas que entre los dirigentes del carlismo se cruzaban, se

dar que había pertenecido antaño al partido progresista y que había conspirado con él. De todas formas, parece seguro que entre Prim y Ortega existían contactos.

La sublevación que Ortega esperaba que se produjera en Madrid, era indudablemente una de tipo progresista, pues por las cartas que hemos visto, no parece que existieran intenciones entre los elementos carlistas de alzarse en la capital.

La paz de Africa que tanto indignó a los progresistas desbarató sin duda los planes de éstos, y así se explica en parte el extraordinario interés que demostraba el General Ortega en realizar el movimiento, antes de que terminara la guerra de Marruecos, aunque él en su correspondencia con los carlistas, pretendía justificar esta antipatriótica y poco oportuna actitud con razones relacionadas con el partido moderado.

Sin embargo todo esto no pasa de ser una mera conjetura, por mas que en la obra «Historia de las sociedades secretas» de la que fué autor don Vicente Lafuente, se apunte algo parecido.

Además he encontrado en este libro una interesante pista, pues se dice en él que en 1868, publicó el periódico carlista de Madrid «La Regeneración» una carta dirigida por Prim a Ortega en la que al parecer le ofrecía toda clase de ayudas, y firmaba: Tuyo Juan. Esta carta, publicada ocho años después de los sucesos fué considerada como injuriosa y apócrifa y estuvo a punto de costar un duelo entre los ayudantes de Prim y los Redactores del periódico, pero éstos afirmaron que la tal carta estaba en poder del señor Mur y Vilanova, emigrado carlista residente en Francia quien la reproduciría con todos los requisitos que se exigieran. No he podido hallar el texto de la carta que no veo haya sido publicado en otro lugar, pero sería interesante leerlo.

trasluce un vago recelo, una desconfianza difusa en los éxitos de Ortega, cuyas seguridades no convencían del todo a los más sensatos, sobre todo, cuando se daban a través de Morales, que gozaba justa fama de exagerado. En cuanto a las secretas ayudas en que descansaba la fe de Ortega, Elío decía a Arróspide en sus momentos de duda: «De Jos *medios* de que *dispone* »para llevar a efecto su plan, es fácil que ni aun el mismo interesado pudiera contestar con otra cosa que con espero y supongo.»

Entretanto la C. R. S. celebra diversas reuniones, unas con Salamanca para resolver la cuestión monetaria, y otras con Morales, para después de oír sus informes dictaminar definitivamente acerca del proyecto.

Salamanca aceptó la distribución de la garantía propuesta por la Comisión a la que nos hemos referido más arriba y a la que arrastrados por el ejemplo ofrecieron adherirse otras personas pudientes, entre ellas el Marqués de Vallehermoso.

Pero en la sesión siguiente, Salamanca varió de parecer y no contentándose con simples pagarés, exigió que la garantía estuviera constituida por hipotecas sobre fincas. A estas generosas pretensiones se negaron a acceder los de la C. R. S. pues además de estimarlas exageradas, el secreto de la conspiración peligraría desde el momento, en que para realizar esta operación tenían que intervenir personas y entidades que podrían concebir sospechas y notificarlas al Gobierno.

Amainó Salamanca y se contentó con los pagarés de que ya hemos hecho mención. Reunidos los fiadores, Vallehermoso reiteró sus ofertas, y entonces con gran sorpresa de los presentes, y escándalo de los neófitos, se levantó don Manuel Toledo que ya en otras ocasiones había dejado entrever su disconformidad con el movimiento, y se negó en redondo a responder de ninguna cantidad.

Por aquel día el negocio quedó en suspenso, con gran descontento de la C. R. S. que a toda costa necesitaba reunir recursos rápidamente.

Tamnoco se llegó a un acuerdo unánime en lo tocante a la aceptación del plan de Ortega. Morales lo expuso a la C. R. S. que en la primera sesión lo rechazó, pero en la reunión siguiente acordó dejar su aprobación al arbitrio de S. M. Don Manuel Toledo discrepó y si bien firmó el acta, se separó después de la Comisión, a la que negó en lo sucesivo toda clase de apoyo.

Tenemos noticia, de que el 25 de enero, Ortega había modificado ya su primitivo proyecto en el sentido de que el desembarco se debía verificar en Valencia. S. M. debía acudir a este punto en un vapor mercante, y una vez llegado, trasladarse al navio de guerra «Liniers», cuyo capitán y oficiales eran afectos a Ortega. Si el alzamiento tenía éxito; D. Carlos desembarcaría para ser proclamado rey, y marchar sobre Madrid. Si fallaba, debía reintegrarse al vapor mercante que le conduciría al punto que se estimara más seguro. Muchas seguridades daba Morales, siguiendo su costumbre, pero Arróspide, que ya lo conocía, aconsejaba que no se descuidara la organización de Navarra y las provincias Vascongadas, para evitar que el Gobierno pudiera disponer en las primeras horas del alzamiento, de todo su ejército para lanzarlo en bloque contra las fuerzas de Ortega. Pero para esto



El General Don Jaime Ortega

(Col. José M^a Azcona)

hacía falta dinero y como ya hemos indicado, a causa de las disensiones en el seno de la Comisión, se carecía de él por completo.

Quizá parezca que hacemos demasiado hincapié en esta falta de recursos, pero no cabe duda que era capital, pues aparece como el leit-motif de toda correspondencia entre los conspiradores, y debido a ella, se frustraron infinidad de planes y se dejaron escapar numerosas ocasiones, como veremos a lo largo de este relato.

Elío, recibió varias cartas de D. Manuel Toledo en las que éste explicaba su actitud y los motivos que le habían impulsado a adoptarla. A pesar de todas las observaciones que se le hicieron, no hubo manera de sacarle de ella, pero para que nadie pudiera dudar de su lealtad, ofreció 40.000 duros, que enviaría directamente al Conde de Montemolín si éste los aceptaba, pues según él, lo que no quería de ningún modo era tratar con Salamanca. Aceptó Elío la oferta, y le pidió que lo antes posible los consignara a casa de Tamariz, que residía en París.

Contrastando con la opinión de Toledo acerca del movimiento estaba la de D. Tomás de Urrutia, miembro de la Comisión, conocido bajo el pseudónimo de *Infatigable*, que era el que alimentaba en la C. R. S. el fuego sagrado y el que con más tesón defendía los planes expuestos por Morales. En una serie de ampulosas cartas dirigidas a Elío y a S. M. se mostraba partidario de no retroceder y de seguir la dirección marcada por Ortega hasta el fin y con todas sus consecuencias.

En cuánto a Arróspide, resignado ya a llevar adelante el proyecto, no cesaba de escribir a D. Carlos, carta tras carta, aconsejándole que redoblase sus esfuerzos para atraerse personas extrañas al tradicionalismo, que disfrutaban de cierta categoría política, y pidiéndole que escribiera personalmente a D. Luis G. Bravo, al Marqués de la Pezuela, al Marqués de Viluma, y a otros muchos, para tenerlos propicios.

El Conde de Montemolín conoció con todo detalle, la variante del plan de Ortega, pues además de las noticias de Madrid, el 31 de enero, recibió Elío una carta de Quintanilla, de la que entresacamos los siguientes párrafos: «Esta mañana se ha presentado el Diamante M. de la R. Viene con su familia a ponerse ya en definitiva franquicia. Trae el verdadero ultimatum de Jesús, y con elementos nuevos y más poderosos que los conocidos, girando sobre Valencia, conforme a lo que Vrto. presentía y os indicó hace pocos días, pero con la notable diferencia, según Diamante de no contar para ello con la inteligencia, y menos, *EXEQUATUR* de los de Madrid (C. R. S.), y mucho menos del Inglés (Cabrera), a fin de que no se entorpezca y suceda lo que desafortunadamente viene sucediendo tanto tiempo ha... Añade Diamante que para el desembarco de los género? cuenta con todo lo necesario, en el Grao, y adentro con los jefes de los establecimientos, completamente suyos. Téngase en cuenta que en Valencia se está organizando el 5.º Cuerpo de Ejército o lo que sea, y hay inmensidad de útiles, por lo cual y por no carecer de lo que el Inglés no da (y aunque lo diera) es ahora este su negocio. Nada pide más que dos vapores, y el principal sin falta y al instante» (8).

(8) De esta actitud de Ortega habla Pirala y publica un documento que no deja

Aquella misma noche, del 31 de enero, Quintanilla pedía a S. M. en otra carta, la rápida decisión respecto del negocio.

En otra carta fechada el día 2, quita algo de hierro a las palabras de Diamante, pues tras una conferencia con Morales, éste que había estado con Ortega, después que el Marqués de la Romana, explicó que Jesús, no había llevado tan lejos sus afirmaciones. Morales estaba ya de acuerdo con los de Madrid, y no se pensaba prescindir de la colaboración de éstos.

S. M. aprobó el nuevo proyecto, y se siguió trabajando con todo entusiasmo.

Morales intentó por enésima vez ganar a Cabrera, no sólo considerando su valía personal, sino también la indudable influencia que su presagio ejercía sobre muchas gentes, y que tan beneficioso podría ser para terminar con disensiones como las que agitaban a la C. R. S..

Queriendo robustecer la posición de D. Carlos, procuró que el Infante don Juan le prestara todo su apoyo, y llegó a conseguir que visitase a su hermano, ofreciéndole en su nombre y en el de Cabrera toda la colaboración necesaria. Esto es una prueba más de la indudable afinidad de opiniones que entre ambos personajes existía.

Con fecha 16 de febrero, e influido sin duda por estas presiones, escribié Cabrera una carta a la C. R. S. que no copiamos, por haberlo hecho Pirala en su Historia. En ella interponía su influencia para aquietar los recelos que dividían a la Comisión, y que dificultaban el éxito del empréstito Salamanca.

Siguieron una serie de gestiones con éste, y hubo otra reunión para realizar de una vez el negocio de los cuatro millones. Arróspide nos cuenta sus resultados en una carta a Elío de fecha 24 de febrero. Dice así:

«Para que pueda Vd. hacerse cargo de como se ha hecho ilusoria la garantía de los cuatro millones, bueno será que conozca Vd. su distribución». (Aquí repite el reparto de que más arriba hemos hablado) «Javier (Vera) daba un pagaré a plazo tan largo que le permitiera reunir el dinero por medio de economías o heredar de su madre caso de muerte. Fuentes fijaba positivamente en el suyo, como fecha de la devolución., la muerte de su madre. "Patilla y yo, dábamos a Recoletos (Salamanca) pagarés por un año o dos que tampoco le han contentado, y reducida la cuestión a dos millones, ya sabe Vd. lo que ocurrió con Manolo (Toledo) y Vallehermoso. Al Conde de Orgaz se le habían fijado 15.000 duros, pero nada se le ha dicho todavía» (9).

bien aclarado lo que pasó. Las dos cartas que se copian en el texto explican mejor lo ocurrido.

Indudablemente Ortega pasó por algún momento de cólera en el que habría hablado a la Romana de prescindir de los madrileños (los de la C. R. S. que no terminaban de aprobar su proyecto) y de Cabrera que no daba lo que se le pedía (esto es la colaboración del Maestrazgo) y como además en su optimismo se las prometía muy felices con el Cuerpo de Ejército de Valencia, envió a Diamante que habló bajo la impresión de aquel diálogo. Pero luego llegó Morales que había conseguido entenderse con la C. R. S. y si bien persistieron en el cambio de plan, amainaron en lo referente a ingleses y madrileños como se verá por los hechos que siguieron.

(9) Días después escribe Arróspide: «Hablé a Orgaz de los 15.000 duros que «en el reparto le habían tocado a su hermano y me respondió no era posible, porque «no los tenía ni tampoco podía buscarlos por hallarse malo su apoderado que era

Salamanca se marchó a Portugal y la C. R. S. se quedó más desnuda de recursos que nunca. No contaba por el momento con más fondos que los escasos que había podido allegar Arróspide, y con 20.000 duros que Elío les había prometido de los 40.000 que le debía enviar Toledo.

Estas son todas las riquezas de que disponían los conspiradores, que si hemos de creer a Pirala, manejaban los tesoros de Alí-Babá.

A Ortega le había enviado el Conde de Montemolín 15.000 duros que había solicitado con urgencia. En Baleares había debido también recaudar algunas sumas, pero no hay noticias de cómo las empleó.

Entretanto, la toma de Tetuán, había complicado aún más la situación política, y no digamos nada de los rumores que circulaban acerca de una intervención española en Italia, patrocinada por doña Isabel y encaminada a defender los Estados Pontificios contra los designios del Imperio Francés (10).

Sin embargo se aseguraba que doña Isabel comprometida en la guerra de Africa no se decidiría a prestar al Papa una ayuda eficaz, que hubiera puesto a los carlistas en una difícil situación, ya que su diplomacia que se apoyaba a la vez en la protección de Napoleón III y en la política antirreligiosa del Gobierno de Isabel II, se hubiera encontrado en un callejón sin salida. Arróspide, en una carta del 24 de febrero dice a propósito de esto: *«Nuestros intereses, repito, están del lado opuesto al que se coloque doña >>Isabel, y si bien no podemos en manera alguna como católicos, ser hostiles >>a Roma, podríamos sacar partido sin caer en aquella falta. Doña Isabel ha >> dado pasos que no podían agradar a Napoleón, éste por cálculo o por necesidad, acabará por defender al Papa o al menos no le producirá el daño que >> se teme. Ha sido y es pues la ocasión de obrar diplomáticamente sin >> traer el más remoto compromiso en tan espinoso negocio».*

«sus pies y sus manos. Esto lo dice él, que acaba de gastarse 180.000 duros en una casa».

(10) A título de curiosidad copiamos unos párrafos de una carta de Quintanilla al General Elío, que se relacionan con este asunto:

«Noticias: Parece (según Cuadra) que fué muy cierta y grave la crisis ministerial en Madrid poco antes de la toma de Tetuán, Voici: Doña Isabel motu proprio «escribió una carta muy patética al Santo Padre ofreciéndole mucho... todo. Hecho «esto, se lo hizo saber a O'Donnell, quien dijo: enterado; pero particularmente por «conducto extraoficial remitió contestación y consejo a Doña Isabel dejando antes de «la entrega, facultad de consultar a algunos de sus amigos, los que dieron curso a «la carta en cuestión. En ella se desaprobaba el paso dado por la Señora y se oponía «terminantemente a aquello de enviar soldados españoles a Roma, concluyendo por «ofrecer su espada y mandos en caso de seguirse un camino semejante. Disparose la «clientela de D. Leopoldo, contra la Señora y camarilla y se vaciló en Palacio, pero «venció la prudencia y se tranquilizó a D. Leopoldo, viniendo luego el suceso de Tetuán y Laus tibi Chisti. Añaden las crónicas: Es una cosa hecha. Ya es imposible «dejar de convenir en la necesidad de desprenderse de doña Isabel; quede su hijo «con una regencia, p. ej. de D. Sebastián y se podrá seguir trampeando. A no ser «otra cosa más decisiva —dije yo. Y siguió diciendo: es claro».

«Lo más gracioso del lance es que Mon y Pidal dice hablan lo mismo. En fin, «la situación es extrema. Por otro lado es sabido que Prim hace todo lo bueno de la «campana de Africa y es el que lleva la acción y el todo. Muy querido de las tropas «y respetado por los Generales».

Los días febriles

Los acontecimientos se precipitaban. El 29 de febrero Arróspide da cuenta a Elío de haberse recibido en Madrid la orden de S. M. decidiendo definitivamente el movimiento. Luego, refiriéndose a la falta de medios con que luchaban le dice: «Desengañese Vd. *Está aquí* Ja cosa de <modo que los ofrecimientos nada valen. *En vano ofrece Vd. a un jefe ha- cerle Arzobispo; Jo que necesita, y lo mismo el capitán, teniente y hasta el «sargento, es dinero para poder dejar a su familia y poder cubrir otras mu- >>chas atenciones del momento».*

Referente a Navarra y Vascongadas, Elío después de advertir que ni él, ni Cabrera irían a aquellas provincias, aconsejaba a la C. R. S. que procurase obtener la colaboración de don Francisco de Lersundi. «*Si Lersundi se decidiese, teniendo la probabilidad de ganar tropas en San Sebastián, Vitoria, »o mejor Pamplona, sería un gran negocio, y entonces, se podría disponer >>fuese allí el Infante D. Fernando. Sería un movimiento inmenso, porque >> entonces tendríamos Navarra, Provincias Vascongadas, Santander, Asturias »y Castilla hasta el Duero. Merece la pena de ocuparse, y esto lo calculará »Vd. después de entregar a Lersundi Ja caria de S. M. en cuyo caso pudiera >>hablarle el Gordo. Si aquel no quiere, tal vez Uranga podría íener medios>>.*

La visita a Lersundi no dió el resultado apetecido, pues si bien manifestó simpatía por la causa del Conde de Montemolín, no creía llegada la ocasión de obrar. Mal cariz tomaba la organización de Pamplona. Quiso Arróspide convencer a Elío de la necesidad de que fuera él mismo quien se encargase de ella, pero el General le objetó que dado el cargo que ocupaba no podía hacerlo sin permiso de Su Majestad y que la C. R. S. era la más indicada para conseguirlo. Si iba a Pamplona uno de los Infantes, entonces sí era probable que él le acompañara, pero para esto se debía conseguir previamente una organización de gran envergadura, en cuyo caso, Arróspide debía poner un telegrama a casa del banquero de París, M. Serre, en el que dijera: "*Achetez les rentes convenues*».

Pero todos los intentos resultaban fallidos, entre ellos el que se hizo para atraer a un Teniente Coronel llamado Arce al *que* se intentó trabajar sin resultado alguno.

Se mandaron instrucciones, a los Comandantes generales de Cuenca, Guadalajara y La Mancha, los cuales debían presentarse en Valencia para recibir armas pues las había en abundancia y algunas se repartieron, pero luego se varió de opinión, y sólo se les confió la misión de levantarse con su gente el día convenido, interrumpir las comunicaciones con Madrid y favorecer la marcha de la columna Ortega. Caso de que se presentaran fuerzas importantes del Gobierno, debían replegarse hacia Valencia.

(11) Tocante a la fecha del movimiento dice Pirala: «Preparado todo para el <19 de Marzo, se aplazó el movimiento por ocho días sin aviso previo a la C. R. S. <lo que desconcertó todos los planes>. Y añade: «Al pedirse después explicación a <D. Joaquín Elío, como este hombre de bronce y de temperamento indolente, tenía

El cuatro de marzo, Elío escribía a Arróspide fijando la fecha del movimiento para el día 20 ó el 22 (11). En el caso de que Ortega se encontrara imposibilitado para acudir o tuviera una desgracia, Arróspide debía telegrafiar al mencionado M. Sarre, diciendo: Rendez les rentes convenues.

S. M. encargó a D. Antonio Arjona que se personase en Valencia para tomar el mando de los elementos allí disponibles, pero el designado se excusó alegando fútiles motivos. Entonces la C. R. S. viendo sus no muy buenas disposiciones, determinó enviar a Ceballos, al cual acompañaría el Dr. Vicente, persona conocida de Ortega y de prestigio en la región.

Pamplona seguía de mala suerte. El pariente de Ortega fué arrestado por un motivo ajeno a la conspiración, lo que le inutilizaba por completo. Esto reducía a los carlistas a sus propios recursos.

Entonces Elío se decidió a nombrar Capitán General de Navarra al anciano General Uranga y escribió a Valdespina incluyéndole una carta para él, en la que se le notificaba el nombramiento. La C. R. S. por consejo de Elío hizo otro tanto. Además, avisaba a Valdespina que le enviaba para gastos en las Provincias la suma de 35.000 francos y otra igual a Navarra. Estas cantidades se mandaron unos días antes de estallar el movimiento.

Así las cosas, llegó la noticia de una posible paz en Marruecos. No sabemos el efecto que esta nueva pudo causar en Ortega. A Elío y a los que pensaban como él les alegró, pues opinaban que si O'Donnell concluía una paz poco honrosa, como se rumoreaba iba a ser aquella, toda la responsabilidad caería sobre él, mientras que si la precedía un alzamiento Montemolinista, quedaría justificada como un acto necesario, del que el carlismo sería el eterno responsable.

Sin embargo aquello no eran sino rumores, y sólo las dilaciones que a última hora sufrió el movimiento, permitieron que la paz le precediera por poquísimo tiempo. Si esto fué perjudicial para el resultado del alzamiento sólo Dios lo sabe. Pero lo más probable es que no influyera para nada en el fracaso.

En Madrid, se puso Arróspide al habla con los Comandantes Generales de las Regiones para preguntarles si contaban con los medios suficientes para iniciar el movimiento. Los interrogados, respondieron negativamente, diciendo que todo lo más que podrían hacer, sería secundarlo hasta donde pudieran que no sería mucho. De esta respuesta se levantó acta, que firmaron los asis-

«siempre en el bolsillo su alfabeto anfibológico y equívoco, se parapetó en los oráculos de Delfos y envuelto en su capa como Mario se llevó a la tumba un geroglífico más».

En primer lugar, el movimiento estaba preparado para el 20 ó 22 y de esto tenía conocimiento la comisión, puesto que el aviso lo recibió como hemos visto su propio Presidente. En cuanto al geroglífico del aplazamiento es bien fácil de descifrar.

Como más adelante veremos, los vapores de que precisaba Ortega y que Quintanilla estaba encargado de fletar, necesitaban ocho o nueve días por lo menos, para llegar a Palma. Como por una serie de retrasos imprevistos de que nos ocuparemos cuando llegue la ocasión, no pudieron zarpar hasta el día 16, se daba por descontado que no llegarían a Palma hasta el 24 ó 25 de Marzo. Debido a esto se renunció a efectuar el ajamiento en la fecha convenida. Los dos días de retraso que a causa de una tormenta, sufrió el viaje de Montemolín tuvieron por resultado el que éste no llegara a Palma el 26 ó 27 como se pensaba, sino el 29.

tentes. Entretanto, Salamanca volvió de Portugal. Su ausencia tenía muy preocupados a los de la C. R. S. faltos de dinero como estaban, y así que llegó lo asediaron para que se lo proporcionara rápidamente. Salamanca les echó un jarro de agua fría, pues les dijo: «Que consideraba el movimiento sin buen éxito, y que no tomaría parte en su iniciación».

Según parece esta actitud inesperada, obedecía a una reunión que había celebrado con elementos del partido moderado, los cuales trabajaban ya por cuenta propia para conseguir el poder

De todas formas y mediante unos pagarés, Salamanca adelantó a la C. R. S. 20.000 duros.

Ya faltaba muy poco para la realización del audaz proyecto, y del ambiente que reinaba en Madrid podemos juzgar por la carta que con fecha 15 de marzo de 1860 escribió Arróspide al General Elío, y de la que entresacamos estos interesantes párrafos: «*Por milagro escribo a Vd. porque aquí estamos muy al descubierto. El movimiento es conocido en todos sus detalles, y van de boca en boca por las tabernas y otros sitios análogos, los nombres de S. M., Cabrera, Vd., Ortega y los nuestros y hasta se dice el punto del desembarco. Por consiguiente, al hacer el movimiento, prudencia! prudencia! muchísima prudencia! para que S. M. y Vdes, no tengan un contra-tiempo al saltar a tierra.*»

«*Ayer noche, uno de los jefes principales de Palacio me dijo, habían asegurado a doña Isabel, que nos íbamos a mover en contribución con los republicanos, y que como amigo antiguo me lo advertía para mi gobierno.*»

«*Ha llegado Morales y temo mucho su llegada por lo facilitón que es de pico.*» «*Quedo enterado de que puedo librar por 20.000 duros contra Tamariz. Lo verificaré en cuanto sea necesario.*»

Tal era el estado de cosas en la Corte y así se mantuvo hasta que estalló el movimiento.

Entretanto, en Londres, Quintanilla batallaba para fletar los dos vapores que había pedido Ortega. Pero su indudable celo tropezaba con grandes dificultades. El pago del flete debía hacerse mediante una garantía dada a la casa armadora Pilkington & C.^a por el Banquero de París Mr. Serre. Un tal Gibert, encargado por Elío de firmar el contrato, debía llegar portador de una cantidad para pagar el carbón y otros gastos menores. Pero sucedió que en el último momento, Mr. Serre no dió suficientes seguridades a la casa armadora por lo que ésta se negó a formalizar el negocio. Entonces Quintanilla acudió al Conde de Morella del cual decía a Elío: «*Coopera al desenvolvimiento del negocio en general, con los mejores deseos, con la más decisiva actitud, pero sin un penique.*»

En esta ocasión Cabrera aseguró que daría tanto como el que más, pero no mientras el General Elío pudiera subvenir a los gastos a realizar. Añadió que había entendido desde el primer momento las indirectas de Quintanilla, pero que estaba dispuesto a no hacer nada por el instante.

Entonces Elío a quien Quintanilla había puesto en antecedentes, escribió a Cabrera pidiéndole que adelantara el dinero y asegurándole que dentro de un corto plazo dispondría de una cantidad que le permitiría devolvérselo.

Y esto sucedió el 7 de marzo, es decir quince días antes del fijado para el movimiento.

Cabrera se excusó ante Quintanilla, alegando que su señora no estaba enterada de lo que sucedía y que su estado delicado (había dado a luz recientemente) no permitía decirle lo que haría falta, pues él no tenía ese dinero a su libre disposición. Quintanilla comunicó esta respuesta a Elío, el sábado* 10 de marzo, y el mismo día Cabrera escribió a Elío en idéntico sentido (12).

El lunes 12 el Conde de Morella se presentó a Quintanilla para decirle que se había decidido a hablar con su mujer para pedirle el dinero del flete. Inmediatamente telegrafiaron a Francia diciendo: «L'affaire est terminée».

Al día siguiente Cabrera escribió a Elío para darle cuenta de su decisión (13). El mismo día se firmó el contrato a las cuatro de la tarde, pero momentos después llegó el General Cabrera diciendo que no le era posible

(12) Carta de Cabrera a Elío de fecha 10 de Marzo de 1850:

«Mi estimado amigo: He recibido su carta de ayer y con la mejor voluntad posible no puedo facilitar el dinero, por razones poderosas y que a su tiempo diré. Quintanilla sale de mi casa y escribirá a Vd. en otro sentido pero no es culpa suya sino mía, pues mirado bien el asunto repito no estar en posición de hacerlo. Mas tarde será otra cosa. Consérvese Vd. bueno y mande a su affmo. amigo Ramón Cabrera».

(13) Esta carta la cita Pirala en su obra y sin duda se la comunicó el propio Conde de Morella que conservaría el borrador. La citaré por excepción. Dice así:

«Londres, 13 de Febrero de 1860.—Mi apreciable amigo: He recibo sus cartas «del 9, 10 y 11 del corriente, y a pesar de que no veo clarar nuestras cosas, no tengo «inconveniente en adelantar los 60.000 francos para alquilar los dos vapores, bajo la «garantía que Vd. me da en su carta del 9, que tendrá dicha suma a mi disposición «en esa. Dígame pues por teléfono a quien entrego el dinero, además de contestarme «por correo; pero no entiendo contraer responsabilidad alguna en lo que pudiera su- «ceder en España, ora se efectúe el movimiento, ora se aplace, o se divulgue por des- «gracia.— Queda suyo affmo., Ramón Cabrera».

El General Elío contestó con dos cartas, una de fecha 14 y otra de fecha 15. En ellas dice lo siguiente: «Hoy 14 de Marzo: Mi apreciable amigo: Acabo de recibir «su carta de ayer 13 y confieso que me dejó helado; la he recibido muy tarde y «antes me habían traído dos de Viriato en las que largamente me contaba todo lo «que había hecho en los dos últimos días, y que con acuerdo de Vd. se había encar- «gado a la casa (aquí un nombre ilegible) et Delisle, regularizase el contrato y que «en dicha casa se habían depositado los 60.000 francos, y en la otra me añadía a «los mismos detalles, que el contrato estaba ya corriente, que Vd. había ido a decirle «que hasta mañana (que es hoy) no podía entregar el dinero, que juntos habían cai- «culado los demás gastos creyendo que en total ascenderán a 90.000 francos y des- «pués de estos detalles tan satisfactorios, me llega la de Vd. en sentido tan poco «lisongero y aunque muy breve, manifestando dudas (que las encuentro justas), pero «lo demás no lo entiendo: Me pregunta Vd. que a quién entrega el dinero y yo no «puedo contestar a V. otra cosa, sino a la casa a que me refiero, según Virto, o a «éste, para que lo dé al armador.

«Desde que fué a esa Vrto., le encargué obrase siempre de acuerdo con Vd. y «le supliqué a Vd. lo aconsejase y dirigiese, tanto porque así debía ser, como porque «establecido ahí como Vd. está, su influencia debía serle útil. Creo que lo haya hecho «así y por consiguiente sabe Vd. mejor que yo lo que hay que hacer, y que según «el relato de Vrto., es depositar la cantidad en la citada casa. Confirmo a Vd. para «su seguridad cuanto le decía en la mía del 9 y cuando lleguen los primeros fondos, «le avisaré. Otro día escribiré a Vd. porque deseo me haga el favor de explicarme «esta frase de su carta: pero no entiendo contraer responsabilidad alguna en lo que «pudiera suceder en Esp. ora se efectúe el movimiento, ora se aplace o se divulgue «por desgracia. Aseguro a Vd. que esto me ha sorprendido y asustado un poco, etc—

entregar la suma convenida, que ascendía a 60.000 francos, hasta el día siguiente.

Júzquese la ansiedad de todos, pues como luego veremos, eran necesarios, por lo menos ocho días para llegar desde Inglaterra a Palma. El día 14 Quintanilla escribía a Elío: «*Espero haciendo tiempo y también mala sangre la venida de Cabrera con el metal*». Y más adelante: «*Son las 9'10 y aún no ha venido*».

Quintanilla puso una esquila al Conde de Morella haciéndole ver lo apremiante del caso, pues los armadores urgían el pago amenazando con romper el contrato. En vista de la situación, Elío buscó dinero como pudo, depositándolo en casa de Serre para que Quintanilla dispusiera de él desde Londres. Pero no se llegó a necesitar esto, porque el día 15, Cabrera entregó los 60.000 francos, lo que Quintanilla se apresuró a comunicar a Elío. Por fin el día 16 escribía triunfante: «*Mañana entre las 12 y las 5 de la tarde parten los encargos sin falta. Para asegurar rapidez se han prometido gratificaciones proporcionadas al tiempo y horas de ventaja, sobre la base de ocho días, o sea contando con que deben llegar el día 24, sábado. Los jefes dicen que es tiempo muy justo, pero que harán lo posible. Se cree que humanamente puedan llegar a tiempo. En todo caso la diferencia será de muy pocas horas y el domingo es indudable salvo grandes males. El pequeño es más listo. En el grande caben muy bien 1.500 fardos y lo de atrás. Viriato, partirá mañana a la noche después de haber visto con sus propios ojos la salida >> del Sol.*

Termina diciendo: «*Me voy a dormir, pues estoy reventado. Que quince días.*»

Así que Elío recibió esta carta, respiró. Ya nada le quedaba por hacer sino reunirse en Marsella con los Augustos viajeros para emprender la travesía y esperar el desenlace de los acontecimientos. Si confiaba o no en la promesa de Cabrera de acudir a Marsella, es cosa que no sabemos, aunque

La carta del día 15 decía así: «Hoy 15 de Marzo. Mi apreciable amigo. Ayer «escribí a Vd. muy deprisa para contestar a lo más urgente que era la casa en donde «se debía depositar el dinero por Vd mismo o por Viriato; pero indicaba a Vd. que «me había alarmado la frase que copiaba y que deseaba me la explicase, porque «cuanto más he meditado sobre ella, más he creído comprender que puede hacer relación a cosa que interesa a la seguridad del Rey. Porque considerado el negocio «de España desde su punto de partida Jesús, y por los trámites por que ha pasado, «suspéndase, salga bien o mal, la responsabilidad de Vd. como la de todos nosotros «es muy relativa; se reduce a ayudar. Por consiguiente la salvedad que hace Vd. «ahora, debe tener una nueva causa y sus últimas palabras: o se divulgue **por** desagracia», me hacen temer que tenga Vd. algún antecedente de que esto último puede «suceder y de aquí que resulte un peligro para el Rey y esto es muy serio. He tomado por mi parte todas las precauciones que me han parecido necesarias, pero «esto no me basta y por esto mismo deseo diga Vd. cuanto le parezca, y lo creo tanto «más necesario cuanto S. M. está impaciente y decidido a no faltar por su parte a «sus compromisos con Jesús. Hoy mismo recibo un telegrama preguntando porque no «se le ha avisado. Supongo que el negocio de los vapores se concluya hoy y se le «podrá avisar mañana...».

Hemos copiado estas cartas no sólo por el interés que presentan para seguir pasa a paso la marcha del negocio de los vapores, sino también para que puede bien puntualizada la actitud de Cabrera durante los últimos días.

no tenía demasiados motivos para esperar que aquél la cumpliera. De todos modos le dirigió un carta con fecha 17 de marzo para atar los últimos cabos:

«Mi estimado amigo: Ya sabrá V. que los barcos habrán salido a estas horas de esa y que deben llegar de hoy en ocho a Mallorca. En cuanto ayer >>recibí la noticia puse un telegrama a su Majestad, pues no queda tiempo <<que perder y según infiero por la contestación recibida, hoy habrá salido. >>La intención era marchar directamente a Marsella en donde habrá un alojamiento preparado para recibirlo así como a S. A. R. y a Vd. si no tienen otro preparado por si mismos. Considero que nosotros debemos encontráronos en Marsella el jueves (día 22) y por consiguiente salir de aquí el miércoles >>que es lo que pienso hacer yo, a no ser que Vd. me prevenga otra cosa, y Asimismo Vd. me dirá si debo reunirme con V. en alguna parte o si cada uno debe ir por su lado para encontrarnos en Marsella, en cuyo caso deben >>Vds. preguntar o advertir a Collavier que es el encargado de recibir a S. M. >>No sé qué facilidades o dificultades habrá para nuestro embarque y más que probable es que no lo sepamos hasta Marsella, pero si fuera posible: No >> cree Vd. que sería bueno cuatro o seis hombres de entera confianza que >>acompañen sen al Rey?»

«Si Vd. lo conceptúa así y tuviese algunos de las condiciones necesarias, >>sin decirles a ellos el objeto, podía prevenirles que el jueves por todo el >>día se encontrasen en Marsella indicándoles un punto en donde Vd. les daría >>las instrucciones convenientes. Si se podían embarcar se embarcaban y >>si no se les despedía».

«También quisiera que me dijese Vd. qué se debe hacer con los principales jefes que se encuentran en Francia, a los cuales nada se les ha dicho >>y si el movimiento se realiza bien es natural que vayan a unirse y sería >>buena darles un destino aún cuando la orden la recibieran ya después de >>efectuado el movimiento».

«Me han enseñado cartas de oficiales y también de un General de los >>que están en África que es Quesada, manifestando todos un descontento >>grandísimo de la guerra y de lo que allí pasa. Esto es muy bueno y aún >>mejor sería el que estos días hiciesen la paz».

De esta carta se desprende que se contó con la presencia de Cabrera hasta el último momento y parece que con la del Infante D. Juan. Ninguno de los dos se presentó y Cabrera ni siquiera contestó a Elío. Quizás éste sospechase lo que iba a pasar, pero el hecho es que agotó hasta el último cartucho para vencer la inercia del Conde de Morella.

El lunes 19 escribía a Madrid una carta dirigida a Arróspide. En ella le decía entre otras cosas: «Ayer se recibió aquí carta de Jesús y verdaderamente que ofrece un contraste admirable lo que dicen allí, la confianza y extraordinaria que muestran, pues para ellos no hay ni sombra de duda en >>el buen resultado, y lo que Vds. escriben que ciertamente no es tan >>SSURANT ni alegre». «Estoy impaciente porque lo de Manolo no ha llegado, y ya debiera estar aquí y si mañana no viene después será tarde para >>emplearlo oportunamente, pero respecto de Vds. no habrá variación porque >>quedará la orden para enviarle lo prometido. Es muy posible que esta sea >>la última que escriba a Vd. desde aquí y muy poco tengo que añadir a lo

>>dicho, porque me parece que están tocados todos los puntos y más aun, aporque las modificaciones que puedan ser necesarias solo ahí las pueden >>Vds. verificar. Recomiendo a Vd. que tenga bien establecidas sus comunicaciones con todas partes, para dar las órdenes e instrucciones y que lo >>que haya que hacer se ejecute sin retardo. Hago a Vd. esta recomendación »que parecería inoportuna a esta fecha, porque ayer he recibido carta de <<Juanito de fecha del 14 de éste en la que con una frescura inexplicable, >>contestando a una mía del 25 del pasado en que le proponía venir a verme, »me dice por de contado que la ha recibido muy tarde y que por eso no »contestó antes, que no puede venir ahora, pero que lo hará el dos o el tres >>de abril si estoy yo aquí todavía. Esto prueba que no le han escrito Vds. >una palabra. Le tengo escrito otra vez enviándole la de Uranga y ayer le »envié también un poco de dinero como también a Pamplona. A cada una de >>estas partes envío 35.000 fanccs. Poco es pero es imposible dar más y se >me figura que a las otras Provincias no se las dará tanto. No deje Vd. de »apretar por ahí como por todas partes y escribir también a Uranga. Si no, se >>quedarán parados y yo nada más puedo hacer ni decir...». «Esperaba también en esta fecha haber recibido los manifiestos que Vd. me ofreció pero »nada ha llegado y si no los recibo mañana es posible que lleguen tarde y >>lo sentiré mucho». «Se habla mucho de la paz de África y yo me alegraría »porque si no, puede que saquemos nosotros del apuro a Ó'Donell y para »nuestro objeto bastaría que se pronunciase la palabra. Pero de todos mo->>dos el guante está ya arrojado y no se puede levantar a no ser un obstáculo >>mayor que naciese ahí o una imposibilidad que se presentara aquí. Tengo »bien encargado a Vd. como debe avisar por telégrafo en el caso de que ese »obstáculo surgiera ahí y también le tengo dicho que observe con cuidado »en las regiones del Gobierno para ver si hay alguna cosa que indique >>conocimiento de nuestro proyecto» .

Estas son las últimas instrucciones de Elío que llegaron a Madrid.

El día 24, salió de Marsella el vapor mercante l'Huveaune, llevando a bordo al Conde de Montemolín, a su hermano el Infante D. Fernando, al General Elío a Quintanilla, a un ayudante de campo que era probablemente el Sr. Monfort, y al criado de S. M. Manuel Echarri. Una tempestad que estalló luego de zarpar les obligó a refugiarse en Cette de donde no salieron hasta el 26, y el día 29 llegaron los viajeros a la bahía de Palma (14).

Para entonces Ortega había introducido una postrera variante en sus planes. Ya no era Valencia el punto de desembarco sino la bahía de Fangal,

(14) Del viaje del Huveaune hasta Palma, nos ha dejado un interesante e ingenuo relato, el legitimista francés, Mr. Philippe d'Aillaud de Caseneuve, que tuvo el honor de acompañar al Conde de Montemolín hasta Mallorca. Este relato era conocido por Pirala que cita de él dos o tres párrafos, y posteriormente ha sido publicado en un librito de la serie Episodios Tradicionalistas titulado San Carlos de la Rápita. Por esta causa no encuentro pertinente su inserción en estas páginas. Como dato inédito y curioso sobre el viaje del Conde de Montemolín, diré que entre las instrucciones para la travesía, hay una nota sin firmar pero que a juzgar por la letra debe ser del Marqués de la Romana, en la que se dice textualmente: «Si al llegar el vapor a las aguas de Mallorca no ve acercársele un falucho con una bandera encarnada en palo mesana, podrá tranquilamente ir a fondear en la bahía de Palma a la altura del fuerte San Carlos».

cerca de San Carlos de la Rápita. Este cambio fué la consecuencia de un viaje a Valencia de su ayudante Cavero, que creyó ver en la ciudad del Turia indicios de que se les esperaba y alarmado los notificó a Ortega, el cual resolvió volver a su proyecto primitivo. Excusado es decir que todos estos cambios no favorecieron en nada el éxito del plan.

Las tropas de Ortega, y todos los jefes del movimiento desembarcaron en Fangal la noche del 1 al 2 de abril. De allí se dirigieron a Amposta. Omitimos los detalles de estos días. Baste decir que el día 5 la sublevación había fracasado por completo y todos sus jefes estaban presos, a excepción de Quintanilla que consiguió huir a Valencia y de allí a Portugal (15).

Ortega fué fusilado y murió sin despegar los labios.

El Conde de Montemolín y su hermano don Fernando, Cavero, Elío y todos los demás comprometidos, fueron amnistiados. No es ahora el momento de estudiar las consecuencias políticas del fracasado alzamiento. Nuestro propósito ha sido únicamente desenredar en lo posible, la intrincada madeja de la conspiración que le precedió.

En cuanto a las causas del fracaso, no es fácil adivinarlas. Falló la mina tan cuidadosamente preparada, porque no ardió bien la mecha, o fué más bien porque no estaba cargada sino de promesas vacías y de difíciles compromisos? (16).

(15) Es de lamentar que no poseamos muchos datos referentes a la captura de los diversos personajes que desembarcaron en Fangal. Tocante a la del General Elío, el propio interesado hace alusión a ella en unos párrafos de cartas que dirigió desde el Castillo de Tortosa a sus familiares y que dicen así: «Estoy en el castillo «de San Juan de esta ciudad, perfectamente bien, esto es perfectamente bien por mi «situación y lleno de reconocimiento a todos los jefes y oficiales con quienes he tenido «que hacer; mis sentimientos de soldado han quedado completamente satisfechos ai «ver que todo el que viste el uniforme militar abriga honor y delicadeza. Sólo he «tenido un momento malo cuando me arrestaron porque eran unos paisanos dignos «descendientes de los moros y cuya civilización está a la altura de las kábilas del «Riff». En otra carta posterior añade: «Anoche he leído en un diario mil sandeces «sobre mi captura, como por ejemplo que me había desmayado y que había dicho «esto o lo otro; todo cuentos. Cierto es que no encontraré gracia en todo lo que pueda «ser duro y malo, pero como te dije estaba preparado a todo porque para mí no había «duda en el desenlace que ha tenido esto».

Estas líneas de Elío desmienten totalmente la fantástica relación que de su captura, ha hecho Pirala tomándola probablemente de algún periódico de la época, o de alguna narración malintencionada. Tanto este como el resto de los relatos referentes a los episodios de Amposta, no los fundamenta Pirala en más autoridad que en se ha dicho, o: se cuenta, por lo que no debe prestárseles una fe absoluta. Además es muy interesante la última frase del General Elío en la que manifiesta la certeza que abrigaba sobre el fracaso del movimiento. Quizás, al ver que no podía disuadir al Conde de Montemolín, su lealtad le impulsó a compartir su suerte contrastando esta actitud con la observada por el Conde de Morella.

(16) En una obra titulada «Historias» de tendencia rabiosamente liberal, que publicó don Eugenio García Ruiz, ex-ministro de la Gobernación, se habla someramente de los sucesos de San Carlos, mencionando concretamente como comprometidos, a los siguientes personajes: El Rey consorte D. Francisco de Asís, el banquero don José de Salamanca, el ministro Negrete, el P. Maldonado, la condesa de Montijo y el Emperador y la Emperatriz de los Franceses.

Al escribir estas acusaciones, el autor debió hacerse eco de los rumores que corrieron en boca de las gentes por aquellos días. Pero aunque la complicidad de la mayoría de los mencionados, está hoy probada hasta la saciedad, tocante a don Fran-

A esta pregunta tan sólo un hombre pudo contestar y no quiso hacerlo. Nosotros, indiscretamente, hemos levantado una punta del velo que encubre este secreto. Mucho me temo, que el velo siga echado para siempre. Esperemos sin embargo, que algún día, unas cartas polvorientas, aclaren la incógnita de la tenebrosa conjura que costó la vida al general Ortega, el antiguo progresista que murió al servicio de D. Carlos VI.

José Luis LOS ARCOS

cisco, nada hay que se base sobre pruebas firmes, y sí únicamente, sobre cabalas y fantasías, quizá no desprovistas de fundamento, pero que hoy no merecen ser tomadas en consideración.